





Isabel Villar

"PINTO LO QUE NECESITO"

CRISTINA RUBIO



ISABEL Villar es una pintora naïf, o al menos lo parece a ojos de profano. En sus cuadros niños con puntillas, ayas, grupos familiares -tal vez sus abuelos- sacados de fotografías antiguas, jóvenes desnudas, animales de enciclopedia, que están allí «como de visita» -que dice Fernando Savater- quedan estampados entre abundante vegetación.

Isabel Villar Ortiz es de Salamanca. En esta ciudad y en los bosques de Avila -su padre es ingeniero de Montes- transcurren los primeros años de su vida. 1953 es una fecha clave para ella: ingresa en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando y como consecuencia descubre Madrid, ciudad que considera ideal para vivir. Hoy, algunos millones de habitantes más tarde, sigue pensando lo mismo. Entre sus compañeros de la Escuela -Alcaín, Alcorlo, Carrillero, Alberto de la Torre, Doreste, Pedrero, Crespo, Olmos, Vela, Zarco...-, está su futuro marido, Eduardo Sanz. En 1959 gana el premio Sésamo, el único al que ha mandado un cuadro «porque me horrorizan las competiciones y mucho más en relación con el arte». Veinticinco exposiciones individuales y treinta y siete colectivas son el fruto de muchos años de trabajo.

La pintora cumplió 47 años el 8 de marzo y gran parte de ellos los ha pasado pintando. Hacerle una entrevista es difícil: al conectar el magnetofón su voz cambia, se hace forzada; además -dice- «nunca sé qué contar: mi vida ha sido muy normal, ni siquiera puedo contar que pasé hambre en la guerra y esas cosas». Sin embargo, en cuanto se desenchufa la «cassette» la cosa cambia y la conversación fluye suavemente.

ISABEL VILLAR

¿Cuándo empezaste a pintar?

Pinto de toda la vida. Desde chica yo tuve una predisposición, una facilidad, y me enfoqué bastante pronto. Ya estando en el colegio empiezo a tener la idea clara de que iba a pintar, a ser pintora.

¿Cómo tú teniendo una profunda formación artística te dedicas a la pintura naïf?

Bueno, es que yo mi pintura no la considero naïf. Además, hay muchos críticos que lo dicen y yo estoy de acuerdo con ellos. Lo que sí tiene es una aparente ingenuidad por la elección de los temas, del colorido, por las posiciones hieráticas de las figuras que pinto ahora, que están inspiradas en fotos antiguas. Pero es un ingenuismo «porque te da la gana».

¿Qué piensas de la pintura naïf?

La pintura naïf, como la abstracta, como cualquier otro movimiento, la hay buena y la hay mala. Lo que sí existe es un poco de equivocación. Concretamente aquí, en España, ha habido una racha en la que se ha puesto de moda el naïf y se ha metido a pintar mucha gente sin ton ni son. Como es una cosa aparentemente fácil, la gente se pone a pintar naïf un poco alegremente.

¿Qué pintores o estilos han influido en ti?

Conscientemente no he buscado influencias. Ahora, pienso, ya he creado un estilo propio pero influir influyen todos. Mas que nada si te gusta la pintura, como a mi me pasa, que me

gusta la pintura de todo el mundo.

¿No crees que puedes tener influencias de Henri Rousseau?

Esto de Rousseau me lo ha dicho mucha gente. Pero creo que esta influencia es sólo aparente. O sea, que es más el tema que luego la realidad de los cuadros. Tal vez yo tengo un mundo, esto que hago de familias, de decorar fotos antiguas, un poco de la época de Rousseau. Y, además, con animales.

¿Qué ha supuesto en tu carrera tener un marido que también se dedica al arte?

Me ha ayudado a seguir viviendo en el mundo de la cultura. Porque si yo me caso con un médico o un ingeniero que estuviera muy apartado de ese mundo, pues, sin querer, mi vida social, posiblemente hubiera estado enfocada en otras direcciones. Pero seguir pintando creo que lo habría hecho siempre. Como nuestros amigos, nuestras salidas, nuestras lecturas, nuestras conversaciones han sido sobre arte, he seguido integrada en el mundo de la pintura. En cuanto a si me ha venido bien estar casada con Eduardo Sanz, creo que igualmente le ha venido bien a él. Somos nuestros propios críticos, a pesar de que nuestros estilos son totalmente opuestos.

¿Has supeditado en algún momento tu carrera a la suya?

Hubo un tiempo, qué duda cabe, en que Eduardo hacía una pintura invendible, porque era muy de vanguardia, de experimentación, en el cual

yo —que siempre he tenido una facilidad, aparte de para la pintura, para hacer artesanía— paré para dedicarme a ella y que entrara un dinero a la casa. Porque realmente para Eduardo era más complicado: no iba acortar su pintura para, qué se yo, dar clases. Entonces sí tuve un parón en cuanto al cuadro pintado, pero hacía cosas que estaban relacionadas con el arte y que las vendía bien. Desde luego en cuanto —concretamente, cuando nos vinimos a vivir a Madrid— Eduardo empezó a vender alguna cosa, nos enfrentamos a que había que cortar la artesanía ya, de un día a otro, para volver yo a pintar.

¿Cuál es el momento actual de la pintura en España una vez pasado el esplendor, aquel tiempo en que se vendía todo?

Ahora es un momento malo, malo para todo el mundo económicamente, no es sólo problema de pintores. Hay cantidad de gente en paro que no son pintores precisamente. Lo que sí tienes la ventaja es de que puedes seguir pintando, aunque no lo vendas. El «boom» fue un fenómeno un poco tonto. Se vendía pintura de una manera indiscriminada: lo bueno, lo malo, lo regular. Algunos pintores —concretamente los de vanguardia, de pintura más difícil— seguían vendiendo muy poco. Fue un fenómeno fuera de órbita: se montó mucha galería, excesivas, porque el nivel cultural del país no era para tener tanta galería, era bastante bajo. Yo pienso que ahora las cosas han vuelto a su cauce, tal vez un poco exageradamente en cuanto a la cosa económica. En aquellos tiempos había también cierta gente que ganaba un dinero muy fácilmente e igual que lo ganaba lo gastaba. Y se puso de moda comprar pintura. Luego hay una serie de gente, que no es precisamente la más potentada, que de verdad le gusta mucho la pintura y hacen un esfuerzo: compran a plazos, compran menos, pero siguen comprando.

Y la exuberancia de la vegetación, la viveza de los colores en tus cuadros, ¿a qué se debe?

Precisamente, los cuadros que estoy haciendo ahora no son cuadros verdes, son de ambiente de playa. Los cuadros verdes, de jardines, empecé a pintarlos cuando me vine a vivir a Madrid. Yo no sé si es precisamente la «necesidad de», porque yo vivía en Santander donde hay tanto verde los cuatro años anteriores a venir aquí. Allí, en Santander, no pintaba estos temas. No se si fue el agobio. Ahora pinto el mar. Tal vez pinte lo que necesite. ■ C. R.

